

Entre moléculas y plantas: trayectorias de formación médica y docencia en fitofarmacología clínica

Joaquín Salinas Valero¹

Durante mi formación como estudiante de medicina en el año 2016, la fitoterapia apareció de manera casi anecdótica. Una sola clase inserta en el curso de farmacología, intentaba condensar un universo que se extiende por millones de años de coevolución entre plantas y seres humanos. Recuerdo que se habló de interacciones, la clásica del pomelo y de algunos efectos adversos. Pero incluso en su brevedad, esa instancia dejó una inquietud difícil de silenciar: ¿cómo podía reducirse a una única sesión un campo que involucra miles de especies vegetales, millones de moléculas y una historia biológica compartida con nuestra propia fisiología?

Esa clase fue dictada por el farmacólogo Sandro Bustamante, quien más tarde se transformaría en uno de mis mentores. Con el tiempo, el espacio formal del aula se transformó en algo distinto: encuentros semanales donde revisábamos artículos científicos en fitofarmacología. No había estructura rígida, había conversación. Ese formato libre, crítico, profundamente reflexivo, permitió algo que rara vez ocurre en la formación médica tradicional: pensar, no memorizar, no repetir, sino cuestionar.

En esas conversaciones reforcé el entendimiento que las plantas no son recursos naturales, sino sistemas complejos, organismos que sintetizan moléculas con funciones específicas para su propia supervivencia. Moléculas que, por una compatibilidad biológica que aún estamos lejos de comprender completamente, también interactúan con nuestra fisiología. Más que contenidos, lo que se transmitía era una forma de pensar. Una filosofía de la fitofarmacología.

Lo que no estaba en el programa académico comenzó a desarrollarse fuera de él. Durante años, mi formación en fitoterapia fue esencialmente autodidacta: búsqueda sistemática de literatura en PubMed, lectura de textos de fitoterapia clínica, estudio de fisiología vegetal y de las moléculas secundarias que las plantas producen. Era un aprendizaje silencioso, paralelo, muchas veces invisible para el entorno académico. Sin embargo, este camino no estuvo exento de tensiones. En algunos espacios clínicos, particularmente durante mi paso por el Hospital José Joaquín Aguirre, la fitoterapia era vista con escepticismo. No como un campo en desarrollo, sino como un territorio ajeno a la medicina. La respuesta del entorno no siempre fue neutra. Hubo cuestionamientos, evaluaciones condicionadas por prejuicios y, en ocasiones, la sugerencia explícita de abandonar este interés y la carrera de medicina. Pero el conocimiento, como las raíces, encuentra caminos incluso en suelos adversos.

En 2019 nace Ecomedicinal como una necesidad de expresión. No solo de lo aprendido, sino de una forma distinta de comunicar la ciencia. Mi primera publicación planteaba una idea simple pero profunda: antes de la farmacología, incluso antes de reconocernos como especie, los seres humanos ya habíamos aprendido a seleccionar plantas útiles para nuestra supervivencia. Un proceso de ensayo y error que tomó miles de años y que configuró nuestra relación con el entorno vegetal. Ecomedicinal fue, en esencia, un intento de traducir la fitofarmacología en un lenguaje que integrara ciencia y sensibilidad. Una especie de “ciencia acuarela”, donde las moléculas no son solo estructuras químicas, sino expresiones de procesos biológicos complejos.

Lo que comenzó como una exploración personal tuvo una resonancia inesperada. La plataforma llamó la atención de la periodista Constanza Menares, del diario El Mercurio, y posteriormente del Colegio Médico de Chile. En el año 2020, fui invitado por Yuri Carvajal y Mirtha Parada a escribir en la sección Cuadernos

¹ Médico. Universidad de Chile. Master en Fitoterapia Clínica Universidad de Barcelona. Editor CBS.
Correspondencia a: jsalinas@ug.uchile.cl

Botánico Sociales. Ese gesto no solo significó un reconocimiento, sino también una validación: la fitoterapia podía, y debía, ser parte de la conversación médica.

El siguiente paso fue ordenar lo aprendido. El Máster en Fitoterapia Clínica de la Universidad de Barcelona permitió transformar una formación dispersa en un cuerpo estructurado de conocimiento. Comprender niveles de evidencia, indicaciones clínicas precisas, interacciones, estandarización de extractos. El aprendizaje más importante, sin embargo, fue otro: entender cuánto queda por aprender.

En 2025, el camino volvió a su origen, pero desde otro lugar. Esta vez como docente del módulo de fitoterapia clínica para estudiantes de medicina en la Universidad de O'Higgins. La estructura del curso partía desde una premisa fundamental: las plantas no producen moléculas "para nosotros". Las producen para sí mismas. Para defenderse, comunicarse, adaptarse. Desde esa comprensión, cercana a lo planteado por Stefano Mancuso, se abría la pregunta clínica: ¿qué ocurre cuando esas moléculas interactúan con la fisiología humana? El énfasis no estuvo en la idealización de lo "natural", sino en su complejidad. En entender que

las plantas no son inocuas, que poseen efectos, interacciones y contraindicaciones. Que requieren el mismo rigor que cualquier fármaco. La respuesta de los estudiantes fue significativa. Surgieron preguntas, interés por la etnomedicina, inquietud por integrar estos conocimientos en la práctica clínica. Tal vez porque, en el fondo, este conocimiento no es ajeno. Es parte de nuestra historia como especie.

Hoy, una proporción importante de pacientes utiliza plantas medicinales sin comunicarlo a sus médicos. No por desconfianza, sino porque perciben que ese conocimiento no tiene un lugar dentro de la medicina formal. Ahí radica uno de los principales riesgos: no la fitoterapia en sí, sino su invisibilización. Excluir la del currículo médico no elimina su uso, sólo impide su comprensión. Integrarla, en cambio, permite ampliar la terapéutica, evitar la polimedicación sintética y recuperar una dimensión histórica de la medicina: aquella que reconoce que, antes de los laboratorios, existieron los ecosistemas.

Porque en última instancia, la medicina no comienza en la síntesis química, comienza en las plantas.